

# viernes 05.04.19

La revista de **laSegunda** N° 249



CONSERVACIÓN BIOCULTURAL

## EL FUTURO DESDE LA PATAGONIA

Los peligros de la comida procesada según la periodista Soledad Barruti  
Entrevista a Cristóbal Marín, autor de *Huesos sin descanso* / El desnudo de Maly Jorquiera

## DESARROLLO AMBIENTAL EN LA PATAGONIA

# EL NORTE SUSTENTABLE ESTÁ EN EL SUR

La Patagonia, y en específico la zona subantártica de Magallanes –entre el Golfo de Penas y el Cabo de Hornos–, ya está funcionando como un laboratorio ecológico y social perfecto para generar un modelo de desarrollo propio. En ese lugar, donde están los bosques más australes del mundo, con un ecosistema que no tiene réplica en el planeta y donde caen lluvias de una limpieza “preindustrial”, las menos contaminadas del globo, es todavía posible prevenir la temida homogeneización biocultural.

Por Cristóbal Bley

Ilustración de portada: Marco Valdés, en homenaje a obra América invertida de Joaquín Torres García

Rosas y manzanas. El año 2000, el académico Ricardo Rozzi hizo una pequeña encuesta entre los estudiantes del Liceo Donald McIntyre de Puerto Williams, el colegio más austral del mundo, en la latitud 54 sur, a 300 kilómetros de Punta Arenas. Les preguntó por las primeras especies de plantas que se les vinieran a la cabeza, y la respuesta principal de los niños fue esa: la rosa y la manzana. Ninguna de las dos, eso sí, crecen ahí.

Para Rozzi, ecólogo y filósofo ambiental, académico de la Universidad de Magallanes (UMAG) y la de North Texas, esto no resultaba extraño: los textos escolares casi no hacían referencia a flora nativa, como el calafate o los líquenes, y en cambio sí les daban protagonismo a especies extranjeras como estas, que además tienen una gran carga cultural y económica para occidente. La rosa era la flor predilecta de los romanos, el rezo del rosario católico se llama así en su nombre y es la flor más vendida del mundo; la manzana, por su lado, es la fruta que mordieron Adán y Blancanieves, la que está detrás de los iPhone y la que más se produce y exporta en Chile.

El fenómeno no es sólo cultural, sino también biológico: en las plazas de armas de las tres ciudades más pobladas de Magallanes, los árboles son todos de origen europeo, norteamericano o incluso asiático. Sólo en la de Punta Arenas, vigilada por la escultura del portugués Hernando de Magallanes, hay apenas tres ejemplares chilenos: un coigüe, una leñadura y una araucaria. En Puerto Natales y en Porvenir, en cambio, abundan los cipreses.

Estos son síntomas de lo que Rozzi ha denominado “homogeneización biocultural”: un proceso derivado de la globalización en el que tanto los hábitats como las formas de habitarlos se igualan en el mundo, perdiéndose la diversidad tanto ecológica como humana.

“Si tienes plantados puros pinos, no te queda otra que tener un hábito de vida dedicado al pino, que no se diferencia al de Estados Unidos o Rusia”, dice sentado en un café de Punta Arenas, después de sorber una limonada sin azúcar. “Es lo que pasa en toda la zona del Biobío y La Araucanía, y lo que Marcuse ya criticaba en los sesenta con *El hombre unidimensional*”.

El discurso de Rozzi refleja su hiperactividad profesional. Así como de una frase a otra pasa de los yaganés a Aristóteles, en su vida transita con la misma velocidad entre Puerto Williams y Dallas, haciendo clases y gestionando proyectos, levantando fondos y generando presión política. Como presidente del Instituto de Ecología y Biodiversidad (IEB), además, acaba de participar en la revisión del primer diagnóstico científico regional de conservación de la Patagonia, un trabajo inédito y transversal que pretende trazar las bases para que el extremo sur de Chile –hasta ahora aislado por su complicada geografía y su escasa accesibilidad– no deje de ser una de las 24 áreas más prístinas del mundo, según la fundación Conservation International.

Ahí, donde están los bosques más australes del mundo, con un ecosistema que no tiene réplica en el planeta y donde caen lluvias de una limpieza “preindustrial”, las menos contaminadas del globo, Rozzi no imagina un modelo de conservación “que expulse a las personas, sino que se desarrolle con ellas habitando estas áreas. La idea no es convertir las reservas en museos, sino aprender nuevamente a habitar esos territorios”.

En ese camino, una de las principales amenazas es la homogeneización, y para eludirla Rozzi propone un método que ha llamado Filosofía Ambiental de Campo. En él se mezcla la evidencia dura de las ciencias naturales, la teoría de las ciencias sociales y un trabajo educativo que transforma la relación entre la comunidad y el ecosistema. Hace 19 años lo están aplicando



Foto: Paula Díaz



Foto: Diego Bravo



Foto: Daniel Casado



Foto: Daniel Casado



Foto: Diego Bravo

en Puerto Williams, acercando la labor científica que se hace en el Parque Etnobotánico Omora –a 4 km de la ciudad, cofundado por Rozzi el año 2000 y administrado en conjunto por el IEB y la UMAG– a los estudiantes del liceo y del jardín infantil.

En el mismo territorio en el que hace 150 años la colonización europea, con sus enfermedades y violencia, arrasó con las cuatro etnias que habitaban sus islas y canales –los selk'nam, los aónikenk, los kawésqar y los yaganes–, se podría establecer un laboratorio único de conservación y desarrollo.

### UN MUNDO UNIFORME

No es un misterio que cada vez los paisajes y las formas de vida en las grandes ciudades del mundo se parecen más. Los rascacielos, las palmeras, las autopistas y los Starbucks abundan tanto en Santiago de Chile como en Los Ángeles, California, y en Santa Fe de Bogotá. Pobreza más o riqueza menos, aparte del idioma y algunas costumbres, no es muy distinto sobrevivir en Miami que hacerlo en Singapur.

Es lo que George Ritzer recientemente ha llamado “mcdonalización social”. Se impone en casi todos los rincones del planeta una sola manera de comportarse y, por lo tanto, una sola forma de relacionarse con el entorno, sin importar si se vive en la región subártica canadiense o en la depresión intermedia chilena.

“Si se reduce el espectro de las formas de entender el mundo natural, probablemente también se reducirá el espectro de las prácticas de habitarlo”, explica Rozzi en su último libro. “Eso ha sido forzado por esta estrecha visión económica global. Y lo que nosotros argumentamos es que una persona que ha sido expuesta principalmente a hábitos globales y homogéneos tiene más probabilidades de construir hábitats globales y homogéneos, haciéndolos perdurar en el tiempo”.

Aníbal Pauchard, doctor en ecología forestal, investigador de la Universidad de Concepción y académico del IEB, lo comprobó recientemente en un estudio con la gente que habita cerca de la reserva Malalcahuello, en la comuna de Curacautín, una zona llena de araucarias y robles. Y se encontraron con que ellos veían al pino, una especie introducida, que ha erosionado el suelo y aumentado el riesgo de incendios forestales, como símbolo de progreso. “Lo encuentran bonito”, dice Pauchard, “porque vemos las películas y lo que aparece ahí son pinos nevados, paisajes de los Alpes o Norteamérica, entornos que relacionamos con el desarrollo”.

“Es algo estrechamente relacionado a lo estético”, dice la holandesa Irene Klaver, filósofa ambiental de la Universidad de North Texas. “A través de lo que llamamos capital cultural se genera una homologación de los valores europeos y norteamericanos respecto a cómo debería verse tanto el parque de una ciudad como el paisaje de un bosque o un río”.

A Pauchard, un especialista en especies invasoras, le parece un razonamiento normal, pero no por eso menos peligroso: “Como seres humanos queremos estar rodeados de especies con las que estamos familiarizados, nos gusta eso. Pero es como la comida rápida: tenemos las mismas cadenas en todos los lugares del mundo y lo mismo pasa con las especies. Es

sumamente grave, porque una mezcla de especies nativas se pierde y con ella se va una cantidad de información biológica y evolutiva que no hay cómo recuperarla. Además, el ecosistema sufre mucho, a tal punto que puede dejar de funcionar”.

Es lo que ya se ha visto en Chiloé, por ejemplo, donde la salmonicultura, la extracción de turberas y la explotación del eucalipto en la última década han cambiado fuertemente tanto el paisaje como la cultura. Según un estudio de la Universidad Austral y Conaf, entre 1998 y 2013 se perdieron 10.268 hectáreas de bosque nativo en el archipiélago, mientras que las plantaciones forestales, en ese mismo período, aumentaron de 623 a 5.443 hectáreas. O sea, en un 873 por ciento.

“Y ya no es posible comer ahí un cancató (plato típico chilote) con sierra, un pescado nativo. ¡Sólo hay salmón!”, dice Ricardo Rozzi, refiriéndose a una industria, la salmonifera, cuya producción en el país ha crecido en un 3 mil por ciento desde 1990, de acuerdo a datos recogidos por la Fundación Terram.

“La ciencia durante el siglo XX ha sido brutalmente tecnocrática, y hoy no nos vamos a salvar sólo con más ciencia”, dice. “Necesitamos un cambio ético, pero ético en un sentido amplio. Por otro lado, la filosofía occidental ha sido igual de imperialista que la religión. Cuando en el Renacimiento se retoman las ideas griegas, aristotélicas, se comienza a imponer una universalidad del pensamiento. La universidad, de hecho, significa justamente eso: un solo verso. Con la ética biocultural queremos decir que el hábitat influye sobre el hábito de vida, que en él existen cohabitantes, y que no hay un saber universal sino que múltiples saberes”.

“Tenemos que evitar que la Patagonia termine como tenemos hoy al Chile Central”, dice Pauchard, “un lugar muy homogeneizado. Tengo colegas de otros países que vienen para acá, miran las especies que abundan y dicen ‘oh, son las mismas que tenemos en Europa o en California”.

### SABERES ANCESTRALES

En Puerto Williams está el primer jardín intercultural de Chile. Se llama Ukika, fue fundado en 1991 y desde entonces educa a los niños de la ciudad bajo la cosmovisión y la lengua de los yaganes, el pueblo que, hasta la llegada de los colonizadores, habitó el Cabo de Hornos por más de 7 mil años. Hoy queda con vida sólo una hablante nativa, Cristina Calderón, de 90 años. Con ella, la lengua yagán podría desaparecer para siempre.

Dionisia Araya nació en la árida Taltal, al sur de Antofagasta y a 5 mil kilómetros de la Isla Navarino, pero lleva doce años enseñando la cultura yagán. Cruzó todo Chile siguiendo a su marido, funcionario de Sernapesca que fue destinado a Puerto Williams. Sin ser parvularia, entró a trabajar al jardín y desde entonces no ha dejado de ver “cómo los niños se maravillan con esta cultura, cómo se creen yaganes y miran a su entorno, humano y ambiental, con mucho respeto”.

De los 66 niños que van al jardín, sólo dos pertenecen a esa comunidad indígena. Pero eso, según Dionisia, no hace ninguna diferencia. “Los valores del pueblo yagán se pueden transmitir igual. La mayor parte de su vida la hacían arriba de las canoas, navegando los fiordos y canales del Cabo de Hornos, y por lo

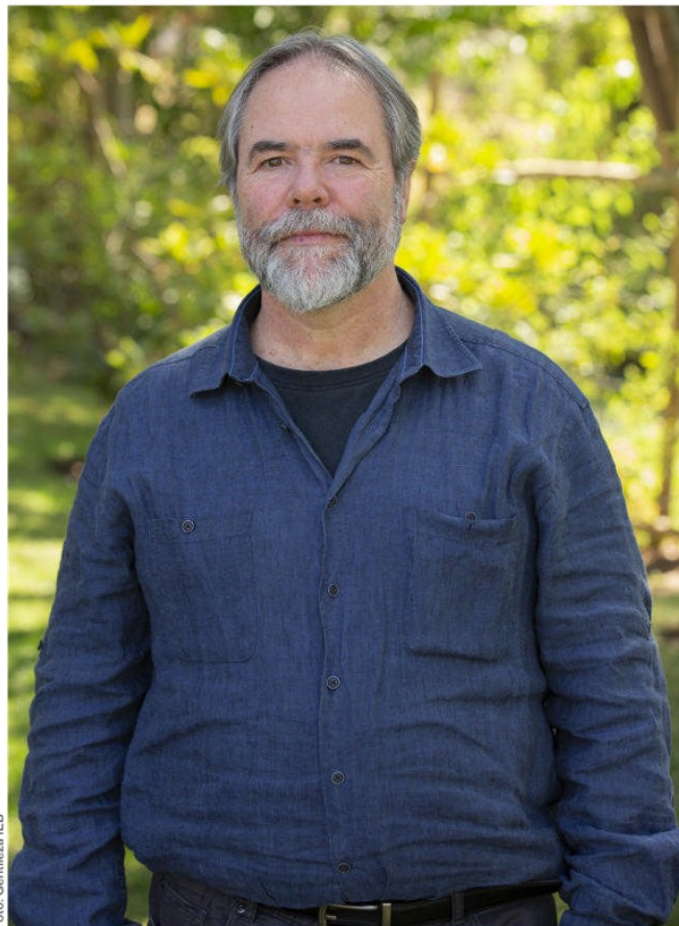


Foto: Gentileza IEB

**“No se trata de hacer conservación expulsando a las personas, sino que estas áreas se desarrollen con ellas. La idea no es convertir las reservas en museos, sino aprender nuevamente a habitar esos territorios”, dice el ecólogo y filósofo ambiental Ricardo Rozzi.**



Foto: Gentileza Jardín infantil Ukika

En Puerto Williams está el primer jardín intercultural de Chile. Se llama Ukika, fue fundado en 1991 y desde entonces educa a los niños de la ciudad bajo la cosmovisión y la lengua de los yaganés. "Los niños se maravillan con esta cultura, cómo se creen yaganés y miran a su entorno, humano y ambiental, con mucho respeto", dice la profesora Dionisia Araya.

## “Es una tarea gigante mostrar que hay posibilidades económicas en la agricultura sustentable, en la pesca alternativa, en el ecoturismo, en los saberes originarios”, dice Irene Klaver, filósofa ambiental de la Universidad de North Texas.

tanto la familia era muy unida. Al ser nómades no acaparaban, extrañan sólo lo necesario para alimentarse, y el akar, que era la casa que construían cuando estaban en tierra, lo dejaban intacto para que otra familia la utilizara. No tenían sentido de la propiedad privada, y eso a veces es difícil de traspasárselo a los chicos, pero lo logramos a través de juegos, cuentos y paseos”.

“Desde la conservación, mi opinión es que el saber ancestral es el más importante de todos”, dice Tamara Contador, doctora en ciencias biológicas, académica de la Universidad de Magallanes y coordinadora de investigación en el Parque Omora. Y es justamente la revalorización de esa cultura, según ella, la que ha ayudado a construir una fuerte identidad en sus dos mil habitantes. Todos, incluido el alcalde, rechazan la instalación de salmoneras en la comuna, y hay una conciencia transversal de que viven en uno de los lugares más prístinos del mundo. “Y que quizá sea el último”, agrega Tamara.

“Por ejemplo”, dice, “si hay campañas para arborizar, la gente ya no quiere plantar pinos, porque sabe que acá la lenga, el coihue y el ñirre son las especies nativas. Se habla de que ojalá nunca se instalen los monocultivos de especies exóticas, como el eucalipto. Y la sensación más representativa en Williams es que si la ciudad va a desarrollarse, que lo haga de manera responsable y sustentable. Nadie quiere que esto se convierta en Usuahia, la ciudad vecina en Argentina, que creció sin planificación y hoy tiene problemas con el agua y los residuos”.

Pero cuando se habla de conservación, normalmente se hace referencia sólo al ecosistema silvestre. ¿Cuál es el beneficio que obtiene un ciudadano magallánico común del conservacionismo?

“Esa pregunta es incompleta”, dice Ricardo Rozzi. “La pregunta es: ¿Cómo sirvo yo a la naturaleza? No se trata de

pensar cómo nos beneficia una montaña o un río. O sea, ¿si no me das beneficios no tienes derecho? ¿Si no me das algo a cambio te mato? ¡No! Todos tenemos derecho a existir, es un valor intrínseco. Pero si hay que ponerse instrumentales, la cosa es bien clara: está la cagada. En Temuco, por ejemplo, hay sequía, hay inundaciones por la deforestación, hay emergencias ambientales por la contaminación. Si es por buscar un beneficio, conservando el ecosistema tendrás mejor salud y mejor calidad de vida”.

Para la filósofa ambiental Irene Klaver, Chile tiene en la Patagonia austral la oportunidad de mostrarle al mundo una nueva forma de desarrollo. “Es extremadamente importante darle un ejemplo al planeta de cómo se puede ser parte de una riqueza cultural y económica sin participar en esta dirección homogeneizadora de la modernidad que reduce todo a una monocultura. Es una tarea gigante mostrar que hay posibilidades económicas en la agricultura sustentable, en la pesca alternativa, en el ecoturismo, en los saberes originarios. Si repetimos el enfoque homogeneizado, seguiremos teniendo riqueza para unos pocos al costo de muchos”.

La esperanza, al menos, tiene en qué fundamentarse. Diez años después de haberla realizado por primera vez, Rozzi volvió a hacer la encuesta de las plantas entre los alumnos. Durante ese tiempo, los llevaron periódicamente al Parque Omora, les realizaron talleres de ecología y les acercaron los resultados de las investigaciones científicas. Aunque la rosa seguía estando en el subconsciente de los niños, en segundo lugar apareció el musgo, una planta que en la Patagonia sur concentra el 5 por ciento de sus variedades a nivel mundial. Desde el extremo austral del mundo, el imperio de la manzana pudo ser derrocado.🍏